

Walter Benjamin en Moscú

JOSEP PRADAS

Walter Benjamin (1892-1940) estuvo en Moscú entre el 6 de diciembre de 1926 y el 1 de febrero de 1927, algo menos de dos meses. Durante ese tiempo compaginó diversas actividades más allá de las directamente relacionadas con este viaje (políticas, literarias, personales), entre las cuales destaca la escritura de un diario personal que seguía con cierta irregularidad, es decir: no todos los días encontraba el momento para hacer la crónica de la jornada, pero sí procuraba cubrir aun con retraso los acontecimientos para él más destacables de su estancia en Moscú. En este artículo analizaremos las razones de este viaje de ida y vuelta a la capital del comunismo soviético, así como el encuentro personal de Benjamin con esta ciudad, los diferentes y a la vez entremezclados desengaños que esta le procuró, y las consecuencias que su breve estancia tuvo en la trayectoria biográfica y política de Walter Benjamin. E indagaremos en la significación de que mantuviera un diario (no fue el único, por lo visto, pero sí el que se lo tomó más en serio); un texto que, según el prólogo de Scholem, el mejor amigo de Benjamin desde que se conocieron en 1915, es el más sincero que haya escrito, libre de autocensuras, pleno de debate interno y de autoexamen de conciencia.¹

Los que han ido y vuelto de Moscú

Una de las principales razones del viaje de Benjamin a Moscú, y sin duda la de mayor peso intelectual, era la necesidad de conocer de primera mano los resultados de la revolución comunista en su primer gran ensayo histórico. Benjamin fue a Moscú, como tantos otros intelectuales de la izquierda europea, a tantear el estado de cosas, a palpar si era verdad que se había puesto en marcha el camino de la utopía, si era posible el milagro (puesto que ni el mismo Marx había apostado por Rusia como posible escenario de una revolución proletaria). Por supuesto, Benjamin no fue el primero en llegar, ni sería el último en saborear la decepción. Scholem, en el prólogo, resalta la diferencia que se aprecia entre las expectativas de un Benjamin optimista, al comienzo del diario, y la dura decepción ante la realidad que va constatando a lo largo de esos casi dos meses de estancia. Benjamin abandona Moscú el 1 de febrero ciertamente ilusionado y feliz (por así decirlo) porque concibe ciertas esperanzas de futuro en cuanto a su relación con Asia Lacis, pero absolutamente desengañado en cuanto a sus esperanzas políticas y literarias, porque pronto se da cuenta del creciente control estatal sobre los intelectuales y artistas de izquierdas, ineludiblemente mal posicionados cuando el Partido da un giro reaccionario bajo la influencia de Stalin.²

El norteamericano John Reed (1887-1920) fue el primero en visitar Moscú; de hecho, ya había asistido a la Revolución mexicana en 1914, cuyas impresiones plasmó en su *México insurgente* (1914). Durante la I Guerra Mundial ejerció de corresponsal

para una revista americana, y siguiendo las vicisitudes bélicas en el frente oriental conoció e intimó con Lenin, a quien acompañó hasta Rusia. Reed fue testigo privilegiado de la Revolución de Octubre y escribió una crónica de la misma titulada *Diez días que estremecieron al mundo*, en 1919. Regresó a Estados Unidos e intervino en la formación del Partido Comunista Americano, pero advertido de que iba a ser acusado de traición por sus actividades regresó a Rusia, donde falleció poco después a causa del tifus. Sus restos descansan junto al muro del Kremlin, en un espacio reservado a los héroes bolcheviques.

Entre las pioneras destaca también Emma Goldman (1869-1940), anarquista lituana residente en Estados Unidos desde 1885, y deportada a Rusia a causa de sus actividades subversivas en 1919. Aprovechó esta estancia forzosa para conocer la realidad de la Revolución Soviética, cuyo advenimiento había celebrado. Pero lo que vio allí no le gustó y acabó desilusionada, para abandonar el país en 1921 y luego escribir *Mi desengaño en Rusia*, publicado en 1923. Bertrand Russell visitó Rusia en 1920 como miembro de una delegación oficial inglesa. Poco entusiasta con la Revolución, ese mismo año escribió *La teoría y la práctica del bolchevismo* a modo de memoria de su experiencia en Rusia y advirtió muy temprano, aún en vida de Lenin, que el régimen soviético podría derivar hacia formas de totalitarismo que en ese momento eran incipientes y luego se desarrollarían plenamente bajo lo que se ha conocido como estalinismo. Otro americano, alemán de origen, Theodore Dreiser, viajó a la URSS en 1927, cuando ya era un aclamado defensor de causas sociales en Estados Unidos, y regresó para escribir sobre su escéptica visión, *Dreiser mira a Rusia*. Joseph Roth (1894-1939) estuvo en Moscú entre agosto y diciembre de 1926, coincidiendo parcialmente con Benjamin; hablaron por teléfono el 16 de diciembre y cenaron juntos ese mismo día, según cuenta en su diario. Había sido enviado por el *Frankfurter Zeitung* para hacer un reportaje que fue publicado por entregas entre diciembre de 1926 y mediados de enero del 27. Benjamin toma nota del hecho que Roth está instalado en un buen hotel, con todos los gastos cubiertos, y que ha viajado por Rusia entera, desde Crimea hasta Siberia. Nada que ver con la precariedad de su viaje. Y comenta:

Durante la conversación que siguió a su lectura [se refiere a uno de los artículos para el *Frankfurter Zeitung*] le insté a confesarme su color político. El resultado se puede resumir en una frase: llegó a Rusia como bolchevique (casi) convencido y la deja como monárquico. Como suele ocurrir, el país ha de sufragar los gastos del cambio de color ideológico de aquellos que llegan aquí como políticos de un tono rosa-rojizo (en nombre de una oposición de izquierdas y de un necio optimismo).³

Arthur Koestler, enviado a la URSS por la Comintern en 1932 para documentar los logros del Plan Quinquenal, acabaría huyendo a Inglaterra en 1940 después de contemplar el desastre de la colectivización forzosa impulsada por Stalin. Plasmó sus críticas impresas en la tercera parte de su autobiografía, titulada *La escritura*

invisible (1953), que en castellano consta de tres volúmenes separados: *Euforia y utopía*, *El destierro* y *La escritura invisible*, donde con suma lucidez narra sus vivencias desde su afiliación al Partido Comunista alemán en 1931 hasta su fuga a Inglaterra en 1940.

En 1936 llegó el turno de André Gide (1869-1951). En los años veinte había visitado el Congo y criticado la política colonial francesa. Fruto de esta experiencia son textos como *Viaje al Congo* (1927) y *Retorno del Chad* (1928). En esta época simpatiza con el comunismo, y en el 36 se traslada a la Rusia soviética para ver sus logros y, parece inevitable, desengañarse como tantos otros. Lo expresó en sus obras *Retorno de la URSS* (1936) y *Retosques a mi retorno de la URSS* (1937). Isaiah Berlin visitó la Rusia soviética entre 1942 y 1946, por cuenta del Foreign Office británico, y llegó a entrevistarse en dos ocasiones con Anna Akhmatova en Leningrado. Naturalmente albergaba hacia la Unión Soviética una gran desconfianza. Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, que visitaron la URSS en julio de 1964, es decir, en la culminación del *deshielo* (expresión acuñada por Ilya Ehrenburg en 1954), valoraron muy positivamente la apertura soviética (aunque la invasión de Hungría en 1956 ya había enfriado sus simpatías por el régimen). Finalmente, Jacques Derrida hizo una visita especial a lo que quedaba de la URSS en marzo de 1990, y escribió el correspondiente análisis en su artículo "Back from Moscow, in the USSR".⁴

El resultado del viaje y estancia en tierras rusas parece indefectiblemente el mismo transversalmente, salvo escasas excepciones: un profundo desengaño. Muchos de esos viajeros ya había llegado con cierta prevención ante lo que pudiesen ver, y tal es el caso de Benjamin, que mantiene durante todo su diario un tono crítico para con las autoridades culturales soviéticas, por más que muestre prevención a manifestarlo públicamente, advertido por amigos alemanes como Bernhard Reich, su guía y compañero ocasional de habitación.

Por qué Moscú

Scholem habla en su prólogo de tres razones que movieron a Benjamin: amor, política y compromisos literarios, aunque podemos añadir algunos otros de diversa índole que operaron en segundo plano.

En primer lugar, por amor a Asia Lacis (1891-1979), actriz teatral y revolucionaria letona. Benjamin esperaba con este viaje conseguir algún tipo de compromiso más allá de los encuentros que habían tenido anteriormente. No lo tenían fácil, pues ambos estaban ligados sentimentalmente: Benjamin estaba casado desde 1917 con Dora Sophie Pollak (1890-1964),⁵ con quien tenía un hijo, Stefan (1918-1972); Asia estaba emparejada desde 1922 con Bernhard Reich, director de teatro austríaco, que la acompaña a Moscú en 1926. A lo largo del *Diario* fluye esta inevitable relación a tres, pues Benjamin necesita a Reich para moverse por Moscú, conocer el ambiente cultural de la ciudad y estrechar las manos adecuadas para conseguir sus otros objetivos, los políticos y los literarios; también lo necesita como enlace con Asia, que durante esos casi dos meses está hospitalizada a causa de una

dolencia de carácter psicológico (un trastorno de ansiedad, parece ser). Dadas las circunstancias, los encuentros entre Asia y Benjamin seguirán siendo furtivos, en una habitación de hospital (Benjamin deja constancia a lo largo de su *Diario* de las dificultades que esto supone para estar a solas y hablar con cierta intimidad), durante algún paseo, asistiendo a una representación teatral, comiendo o cenando, pero casi siempre con Reich presente. Solo a partir del alta médica de Asia y su mudanza a la casa de una amiga se abren nuevas vías y llegan a compartir algunos momentos más provechosos, sentimentalmente hablando, y siempre a espaldas de Reich.

En cuanto a la política, debido a que Benjamin quiere conocer de primera mano la situación de la Unión Soviética, y en ese momento está valorando su ingreso en el PC alemán (el KDP). Para entender el resultado final de este tanteo político de Benjamin sobre el escenario soviético, hay que considerar que llega a Moscú en el momento en que Stalin comienza a consolidar posiciones en el poder y se libra una batalla interna entre las distintas *sensibilidades* que aspiran a heredar el legado de Lenin. Eso significa que cualquiera puede convertirse en enemigo del Estado y ser perseguido. La mayoría de los contactos que Benjamin sostuvo en Moscú, judíos o no, pertenecían a la oposición política e intelectual a Stalin, y casi todos ellos, Asia incluida, fueron víctimas de la persecución y las purgas. A lo largo de su estancia va tomando nota de todos los inconvenientes del régimen, y podemos pensar que su desencanto no fue inesperado, sino que quizás ya llegó preparado para ello. Pero parece cierto que todo este contexto será decisivo en su posterior renuncia a afiliarse al PC alemán. Además, espera conseguir la colaboración de las autoridades culturales soviéticas, con quien Reich está bien relacionado, para favorecer la divulgación de la literatura y el pensamiento alemanes en la URSS. En este empeño tropezará con el tremendo obstáculo del funcionariado soviético, que sigue operando igual que el antiguo funcionariado zarista: con el mismo espíritu de servilismo que sólo favorece al poder, y con una concepción desesperante del tiempo.

En cuanto a los compromisos literarios, Benjamin lleva el encargo de escribir un artículo sobre Moscú, y financia su viaje gracias a los anticipos obtenidos de la revista *Die Kreatur*, dirigida entonces por Martin Buber. El texto se publicó en 1927 bajo el título de "Moscú" y se sabe que fue redactado parcialmente durante la estancia de Benjamin en la capital rusa, porque dejó constancia en su diario de sus dificultades para poder escribir sobre ello.⁶ También aspira a colaborar con la *Gran Enciclopedia Soviética*. De hecho, Benjamin ya está trabajando en la redacción de un artículo sobre Goethe para ese proyecto (cuya idea original corresponde a Gorki y Lunacharski, inspirados en la obra de Diderot, y data de la época en que ambos coincidieron en Capri, antes de la Revolución). Al parecer, Reich había mediado entre Benjamin y los editores de la Enciclopedia, pero la aceptación de su escrito estaba pendiente de aprobación y la presencia de Benjamin en Moscú responde también a esta circunstancia, aunque parece consciente de sus escasas posibilidades en su propio favor.⁷ Sus visitas a la redacción de la *Enciclopedia* serán frecuentes durante estos dos meses, y siempre con resultados poco alentadores, hasta que finalmente deja de tener esperanzas de que le acepten el texto, demasiado heterodoxo para las autoridades

culturales soviéticas, que finalmente elegirán la propuesta de Oskar Walzel (1864-1944) como alternativa. En realidad, el rechazo de su artículo se debe a la cobardía de los editores ante las presiones políticas. “Los infelices directores de este proyecto, escribe Benjamin un 13 de enero de 1927, se sienten demasiado inseguros como para permitirse siquiera la posibilidad de expresar la propia opinión frente al peor chiste de cualquier autoridad”.⁸

En segundo plano, también movió a Benjamin el mundo de los juguetes. Es un incansable buscador de tales piezas; además, tiene un hijo pequeño y le compra algunos como regalo, como es natural. Aun así, sería imposible computar todos los que lleva en el equipaje de vuelta simplemente por interés intelectual hacia dichos objetos propiamente. La primera visita a una exposición de juguetes será en el Kustarny Museum, el 23 de diciembre, y seguirán muchas otras hasta el último día de su estancia en Moscú, el 1 de febrero de 1927.

Finalmente, su visita a Moscú le sirve para escapar de la mortal melancolía navideña típica de las ciudades europeas (teniendo en cuenta el reciente fallecimiento de su padre).⁹ Pero a tal fin resultó infructuosa, porque la Navidad moscovita es, al menos en términos comerciales (y por eso mismo, causa de la melancolía derivada de la falsa felicidad que transmiten los escaparates y las tiendas atiborradas de clientes risueños), semejante a la de cualquier capital europea.

El amor y la amistad

Desde el principio de su estancia aparece una constante en la relación de Benjamin con Asia y su amigo Reich: las dificultades para poder establecer una intimidad calmada, no sometida a vaivenes espacio-temporales. Ya en las primeras anotaciones de su *Diario* aparece esta impresión: Benjamin no hace más que dar vueltas por Moscú, visitar a Asia en su sanatorio, hacer incursiones a la Kameneva, a la VAPP (la Asociación Soviética de Escritores Proletarios, fundada en 1920),¹⁰ dar paseos con Reich y Asia, perder el tiempo en el hotel esperando cualquier indicio de cita, hacer cola para conseguir alimentos o conseguir entradas para el teatro, el cine, museos, etc.¹¹

¿Quién es Asia Lacis? Asia es una actriz y directora teatral letona, nacida en 1891 y fallecida en 1979. Llegada a Rusia antes de la Revolución para participar en la formación de grupos de teatro entre los trabajadores, se hace bolchevique en 1917 y colabora activamente en los primeros proyectos culturales revolucionarios: llevar el teatro a la calle, y la calle al teatro, adoptando además las influencias de Mayakovsky y Meyerhold (especialmente su escenografía constructivista). En 1920 regresa a Letonia, y allí se casa con Julis Lacis, de quien tiene una hija, Dagmara (la pequeña Daga, en el *Diario* de Benjamin). Y allí sigue dirigiendo teatro para trabajadores. En 1922 visita Alemania y conoce a Brecht y a Bernhard Reich, con quien comienza una relación estable. En 1924 viaja a Capri para que su hija se restablezca de una dolencia pulmonar, y allí coincide con Benjamin; se convierten en amantes, aunque su relación estará condicionada por los viajes: se encontrarán en Moscú, durante la estancia de

Benjamin relatada en su *Diario*; luego en Riga, y más adelante, en 1928, convivirán durante dos meses en Berlín. Asia es allí encargada del departamento de cine de la embajada soviética, y gracias a sus contactos logrará que Benjamin y Brecht se conozcan en 1929.

Se dice que Asia es la mujer que llevó a Benjamin hasta posiciones marxistas. Como él, Asia sufrió la persecución política. Entre 1930 y 1940, año de la muerte de Benjamin, no hay constancia de encuentro alguno entre ellos. En 1938, Asia sufrió las purgas estalinistas y fue deportada a Kazajstán, donde permaneció hasta 1948, año en que pudo regresar a Letonia. Durante la siguiente década se dedica a introducir el teatro de Brecht en su país, donde dirige el teatro de la ciudad de Valmiera. En 1968 se reencontra con Reich en Berlín y regresan juntos a Riga, donde residirán hasta la muerte de Asia en 1979.

La amistad de Benjamin con Reich tiene mucho que ver con su intento de conquistar el amor de Asia, de manera que Reich se convierte en un elemento necesario (también para entrar en contacto con las autoridades culturales moscovitas) y a la vez inconveniente para su objetivo sentimental. Benjamin pasará muchos días intentando sortear a Reich para poder estar a solas con Asia, y así se refleja en su diario hasta el último día que pasa en Moscú. En una anotación del 20 de diciembre refiere que está escribiendo sobre Asia mientras Reich está a su lado. La enfermedad de Asia es el principal obstáculo para que su relación avance hacia el fin que Benjamin desea, aunque se hace ilusiones porque cree tener indicios de que ella coincide. Fantasea incluso con tener un hijo con ella para tenerla atada a él (impresionante desliz burgués). Pero a la vez ha de sufrir durante todo este periodo las subidas y bajadas de entusiasmo de Asia hacia él. La relación se resiente hasta tal punto que Benjamin y Reich pasan la Nochevieja juntos y solos, consolándose bebiendo oporto hasta no poder más, y en ese momento Benjamin comienza a pensar seriamente en su regreso.¹²

Lo cierto es que a medida que se acerca el día de retorno a Berlín, la relación con Reich se va deteriorando al mismo ritmo que mejoran sus expectativas respecto a Asia. En plena Navidad se plantea instalarse en la casa de Reich, porque su hotel es insoportable, pero enseguida rechaza esta idea: le agobia el tono pequeño-burgués de su sobrecargada decoración, dice, pero posiblemente es consciente de que la convivencia con Reich tampoco sería fácil de llevar.¹³ No obstante, a mediados de enero y después de numerosas discusiones que dejan a la vista las diferencias literarias entre ambos,¹⁴ Reich y Benjamin hallan una vía de reconciliación, coincidente con un cambio de actitud de Asia hacia él: vuelven a besarse, ¡e incluso se tocan!¹⁵ Reich y Asia discuten y esa misma noche se encuentran ella y Benjamin y se sinceran: "Aquí fue donde Asia me dijo por primera vez, quizás, de forma rotunda, que durante algún tiempo le habría gustado casarse conmigo". Más adelante llegan a planear vivir juntos en Berlín e incluso casarse, pero Benjamin descarta vivir juntos en Rusia porque le sería muy difícil hacerlo dentro del Partido, y mucho más fuera de él; otra cosa sería estar juntos en Europa, aunque ella parece resistirse a abandonar Rusia.¹⁶

Benjamin emprende el retorno agotado pero no lleva las manos vacías. Además de los juguetes que ha facturado en la aduana, tras numerosas e interminables

gestiones, ha recuperado a Asia. “El nerviosismo me había vuelto a producir dolores de espalda”, señala en su última anotación, el 1 de febrero; hace una última visita al Museo del Juguete, da un último paseo por la ciudad, tiene la última cita con Asia y se despide de ella. Lloro en el trineo que le lleva hasta la estación.

El desengaño político

El funcionariado soviético es desesperante. El 7 de diciembre visita con Reich la sede de la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con Otros Países, coloquialmente la *Kameneva*, porque está dirigida por Olga Kameneva, hermana de Trotsky. En el *Diario* comenta que conoce al encargado de las relaciones con Alemania: “un verdadero asno”, dice de él.¹⁷

A todo eso acompaña su constatación de que la vida política parece pivotar alrededor del culto al líder, entonces todavía personificado en la figura de Lenin pero ya bajo la incipiente oleada de nacionalismo eslavo que impondrá el mandato de Stalin. Benjamin hace referencia a la *iconolatría* vigente en el país, que la propaganda oficial ofrece en forma de mapa de un nuevo mundo dominado por la URSS. Así, observa Benjamin, parece que no haya cambiado nada en Rusia, que siempre ha sido un país adorador de iconos: cambia el icono pero no la latría, igual que fácilmente la imagen de Stalin sustituirá a la de Lenin en las paredes y las mentes de los rusos.¹⁸

Las anotaciones próximas al cambio de año son significativas en cuanto a su desengaño político: la constatación de que se ha iniciado una *restauración* del imperialismo, no sólo en las relaciones exteriores (el extraño interés de la URSS por los Estados Unidos, por ejemplo) sino también en el control interno del comunismo militante, a través de la educación de la juventud (Konsomol), que busca la implementación de un pensamiento único centrado en *consignas*, pero no en una auténtica experiencia revolucionaria; la crónica incultura del pueblo ruso favorece este proceso, y Benjamin considera la necesidad de difundir los clásicos europeos y rusos entre los jóvenes, porque incluso los escritores proletarios tienen muchas carencias en ese sentido. El problema, para los agentes oficiales, es compatibilizar el proceso revolucionario y la destrucción de la revolución burguesa con los valores que transmite la literatura clásica: hay que esconderlos o adulterarlos. Esto tiene mucho que ver con el artículo de Benjamin sobre Goethe para la Gran Enciclopedia Soviética, que ha de presentar ante la Academia rusa, encargada de la publicación del proyecto. Política y cultura no pueden separarse: el texto de Benjamin será rechazado y se tomará el presentado por el crítico Oskar Walzel.¹⁹

Otro aspecto que caracteriza este nuevo imperialismo soviético, enfocado hacia adentro, es el cierre de Rusia a toda información del exterior, pues todo lo que haya de entrar y salir ha de estar controlado por el Partido; es más, salir del país por cuenta propia es muy caro, pues un visado no está al alcance de cualquiera. Apenas se puede ver cine europeo, mientras que el cine ruso, salvo raras excepciones, no es muy bueno, opina Benjamin. Por otro lado, los libros europeos son también muy caros, de manera

que solo unos pocos pueden acceder a interpretaciones alternativas al pensamiento oficial.²⁰

También la evolución de la política económica soviética entra en el conjunto de observaciones de Benjamin, a quien no se le escapan las contradicciones derivadas de la aceptación de la NEP y la nueva actitud de cierre que augura el estalinismo. Así, comenta:

El capitalismo de Estado ha conservado en Rusia muchos de los rasgos de la inflación. Sobre todo a inseguridad legal en el interior. Por una parte se ha autorizado la NEP, pero, por otra, sólo se admite en interés del Estado. Cualquier "Nep" puede convertirse, sin previo aviso, en víctima de un cambio radical de la política económica e, incluso, de una declaración oficial transitoria. No obstante, en algunas manos se acumulan: increíbles _ fortunas. He oído hablar de gente que tiene que pagar más de tres millones de rublos de impuestos. Estos ciudadanos son el contrapunto del comunismo heroico de guerra: la especulación [*nepp* en alemán] heroica.²¹

El desengaño literario y artístico

Desde los primeros días de su estancia en Moscú, Reich pondrá a Benjamin en contacto con numerosas personalidades de la cultura soviética, mayormente de ascendencia judía y casi todos, futuros represaliados por el régimen, no sólo por su crítica más o menos velada hacia las prácticas estalinistas contra la creación artística sino también por su pertenencia al judaísmo: Alexander Granovski, autor de obras en yiddish y crítico con el bolchevismo; el poeta Lélevich, a cuya deportación asiste Benjamin a principios de diciembre; el productor teatral Meyerhold, que sufre los ataques de la crítica oficial cuando intenta adaptar *El inspector* de Gogol al gusto soviético en simbiosis con el constructivismo que profesa, y que será fusilado por orden de Stalin en 1940;²² un Stanislavsky que se pliega a la censura cambiando el final de una obra de Bulgakov.²³ Se trata, pues, de un temprano desengaño debido a que desde el principio de su visita, Benjamin se mueve entre los círculos de disidencia más a la izquierda de la ortodoxia cultural que acaba de implantarse en la URSS. De hecho, pronto recibe el consejo de Reich de que hable con precaución allá donde se encuentre con funcionarios y desconocidos.²⁴ A efectos creativos, tal precaución consiste en adaptarse a lo que pide el gobierno, y así lo constata Benjamin en la entrada de su *Diario* del 7 de diciembre:

El método para escribir en Rusia consiste en: una exposición amplia de material y, en lo posible, nada más. El nivel de formación del público es tan bajo, que necesariamente constituye un obstáculo para la comprensión de algunas formulaciones. En Alemania, en cambio, lo único que se pide es esto: resultados. Y a nadie le interesa saber cómo se ha llegado a ellos.²⁵

Ni siquiera en la expresión plástica es posible ir más allá del realismo que exige el gobierno, porque el nivel de formación del público ruso es igualmente insuficiente para entender obras pictóricas no figurativas. Cuando a mediados de enero visita la Galería Tretyakov, donde se expone pintura rusa del siglo XIX, Benjamin constata esta limitación en las obras de género realista, con pretensiones poco más allá de la descripción sencilla de hechos. Así, añade, cuadros como *La pobre institutriz llega a casa del rico comerciante* o *Conspirador sorprendido por los gendarmes*, son obras que el proletariado puede entender porque le muestran lo que ya conoce.²⁶

El método soviético podría definirse, sin embargo, como un simple *escribir con cautela*. La cautela es la principal virtud del escritor ruso ante las consignas literarias oficiales y en sus relaciones con las autoridades. Benjamin ya lo ha averiguado; cuando relata una entrevista que celebró con un diplomático ruso, Gnedin, anota en su diario:

Respondí cautelosamente a sus preguntas. No sólo porque la gente, en general, sea aquí muy susceptible, y Gnedin, en particular, muy afecto a las ideas comunistas, sino porque el expresarse con cautela es la manera que aquí se considera más adecuada para acreditarse como un interlocutor serio.²⁷

La situación de los escritores y artistas es precaria y están a absoluta merced de las autoridades. Benjamin denuncia el "abandono de los escritores de izquierdas, que en tiempos del comunismo heroico desempeñaron el papel rector".²⁸ Él mismo se ve en esa situación, y así lo confiesa a Reich: "Reconocí, no obstante, la situación crítica en que se encuentra mi propia condición de autor. Le dije que, dado que sólo me podían hacer avanzar realmente tareas y dificultades concretas, y no meras convicciones, ni tampoco decisiones abstractas, en este sentido no veo ninguna salida."²⁹

Pero Benjamin es un escritor independiente, al margen de cualquier encargo que lleve a cabo y de cualquier militancia política, se dice a sí mismo.³⁰ Esto le llevará a defender su libertad intelectual por encima de las presiones políticas que pueda recibir, y acabará condicionando su aún pendiente incorporación al KDP. Para Benjamin, el ingreso en este partido sólo debería ser *episódico*, porque cree que su actividad literaria se vería limitada y duda de que le sirviera de *armazón*. Sólo un trabajo remunerado sería un auténtico armazón. Cierto que el ingreso en el partido le proporcionaría estabilidad, pero con el inconveniente de perder la independencia intelectual e incluso personal, esto es, que el KDP acabaría inmiscuyéndose en su vida. También es cierto, sigue reflexionando, que en un Estado (el alemán) que oprime al proletariado no estar afiliado al PC es como estar de parte de los opresores, y esto le genera problemas morales. Pero recela demasiado del poder interno del partido, y valora quedarse fuera, seguir escribiendo como vía de no favorecer a la clase dominante, viviendo como un autor en "situación de incógnito ilegal entre los autores burgueses".³¹

Ciertamente, Benjamin lleva una vida burguesa, una actividad burguesa, una historia amorosa burguesa (casi pequeño-burguesa); hay en él un fondo burgués del que es consciente y se afana en compatibilizar con sus posiciones ideológicas. Pero eso es tarea difícil: no se puede ser escritor y a la vez proletario. Ni siquiera Marx lo fue. Sólo Goethe fue coherente, como escritor burgués y activista burgués. Naturalmente, un escritor proletario, sometido a tantos compromisos con la *acción*, no podría ser tan productivo como lo fue Goethe, dado que las pretensiones burguesas en nada son equiparables a las proletariaa.³²

Es más, ¿qué hace un pensador en un partido político? No hay más que observar en su interior: "Me di cuenta de cuán acertada había sido la observación de Reich, quien había incluido a Rachlin y a Manya [dos amigas de Asia, ambas comunistas judías] dentro de la categoría de los *comunistas moralistas* que siempre habrán de ocupar los puestos medios, sin que nunca se les haya de presentar la oportunidad de acceder a los realmente *políticos*", los que habilitan para dirigir la acción del Partido, porque estos exigen estar más allá de la moralidad."³³

No hay duda de que el *armazón* que Benjamin aspira a poseer para sí, en la medida que esté ligado a un partido político, puede llegar a ser una trampa. Y eso lo ve muy claramente en su amigo Reich, al parecer en una situación más firme y segura que la suya, que aún está condicionada *por lo erótico*:

Esto se debe al 'armazón' que él ha encontrado aquí para su trabajo. A los contactos reales que éste le proporciona, se viene a añadir, sin duda, el hecho de que aquí él forme parte de la clase dominante. Esta nueva configuración de toda una jerarquía de poder es, en definitiva, lo que hace que la vida aquí sea tan extraordinariamente rica en contenido. Pues está tan cerrada en sí misma y tan llena de acontecimientos, es tan pobre y al mismo tiempo tan llena de perspectivas como la vida de los buscadores de oro de Klondike. Desde la mañana hasta la noche no se hace otra cosa que escarbar en busca de poder. Todas las posibilidades combinatorias en la existencia de los intelectuales de Europa Occidental son extremadamente pobres comparadas con las innumerables constelaciones con que se encuentra aquí un solo individuo a lo largo de un mes. La consecuencia de ello puede ser, sin duda, una especie de estado de embriaguez que hace absolutamente impensable una vida sin reuniones y comisiones, debates, resoluciones y votaciones (y todo esto son guerras, o, por lo menos, maniobras del deseo de poder). Pero es éste el objetivo final que insta de una forma tan categórica a tomar postura, que plantea la pregunta de hasta qué punto se está dispuesto a soportar el papel de espectador en una sala hostil y peligrosa, inhóspita y expuesta a las corrientes de aire, o bien a aceptar de una manera u otra, el papel que se ha de interpretar en el estruendoso escenario.³⁴

¿Cuál es el papel de los intelectuales en medio de la Revolución?, se pregunta Benjamin. De la siguiente reflexión puede deducirse que no confía demasiado en una genuina influencia política de los intelectuales, sino más bien en la posibilidad de ser instrumentalizados desde el poder vigente, a excepción de su capacidad para alinearse

adecuadamente; lo afirma cuando comenta su lectura del borrador del ensayo de Reich sobre esta cuestión, que

...descansa en el fértil planteamiento de cómo la intelectualidad francesa, precursora de la gran Revolución, pudo ser relegada inmediatamente después de 1792 para convertirse en instrumento de la burguesía. A lo largo de la conversación sobre esta cuestión se me ocurrió la idea de que la historia de los *intelectuales* debería ser planteada, desde el punto de vista materialista, de un modo funcional, relacionándola estrechamente con una *Historia de la incultura*. Sus comienzos se sitúan en la Edad Moderna, dado que las formas medievales de poder dejan de convertirse en formas de cultura (eclesiástica) de los dominados con independencia de cómo estén configuradas. El *cuius regio eius religio* derriba la autoridad espiritual de las formas seculares de poder. Una historia de la incultura de tales características enseñaría la manera en que, entre las capas incultas, un proceso de siglos genera la energía revolucionaria a partir de su metamorfosis religiosa, y los intelectuales no aparecerían siempre como un simple ejército de renegados de la burguesía, sino como línea avanzada de la *incultura*.³⁵

De manera que, a la vista de estas reflexiones, se puede entender que Benjamin acabe de convencerse, durante este viaje a Moscú, de la total inconveniencia de militar en el KDP o en cualquier otro partido político. Más aun si se tiene en cuenta que el comunismo, en nombre de la Revolución proletaria, va a perseguir a numerosos intelectuales de izquierdas que no conectan con las necesidades políticas del giro estalinista que ha de vivir Rusia en los siguientes años. En su *Diario*, Benjamin da cuenta de dos casos: uno, el de Lélevich, cuyo destino conoció durante su estancia en Moscú; el otro, Meyerhold, a quien trató durante el viaje, fue fusilado en 1940, el mismo año del supuesto suicidio de Benjamin en Portbou.

Benjamin, en una entrada de su diario fechada el 9 de diciembre de 1926, narra su visita al apartamento de Lélevich, en Moscú, en el último día de su libertad:

Da la impresión de ser una persona muy tranquila, pero se percibe en él toda esa actitud taciturna en la que se consume el fanático. Le preguntó a Reich repetidas veces por mí. Enfrente, sobre la cama, hay dos personas sentadas, una de ellas, con blusón negro, joven y de gran belleza. Aquí sólo se hallan congregados representantes de la oposición literaria que han venido a pasar con él la última hora antes de su partida. Lo deportan. Al principio, la orden lo destinaba a Novosibirsk. "Usted", le dijeron, "no necesita una ciudad, cuyo círculo de influencia es, al fin y al cabo, limitado, sino toda una provincia". Pero él consiguió disuadirles y ahora le envían, para ponerse "a disposición del partido", a Saratov, a veinticuatro horas de Moscú, sin que él sepa todavía en qué se convertirá allí, si en redactor, en vendedor de alguna cooperativa de producción estatal o en qué otra cosa. En el cuarto de al lado, rodeada de otros visitantes, permanece casi todo el tiempo su mujer, una persona de expresión sumamente

enérgica, a la vez que armónica, de estatura pequeña y exponente del tipo ruso meridional. Le acompañará los tres primeros días. Lélevich posee el optimismo del fanático: lamenta no poder escuchar el discurso que habrá de pronunciar Trotsky al día siguiente ante la Komintern en favor de Sinovieff [sic]; opina que el partido se halla ante un profundo cambio.³⁶

La preocupación de Benjamin por el estatus de libertad y seguridad del artista ruso se dirime en su tratamiento del caso Meyerhold quizás con mayor claridad que en el episodio de Lélevich. Vsevolod E. Meyerhold (1874-1940) era el más pequeño de los ocho hijos de una familia ruso-germana, con recursos suficientes para asistir a la universidad y estudiar derecho, aunque acabó en el mundo del teatro y la música. A partir de 1896, el joven Meyerhold es actor de teatro, y desde 1902 compagina esta actividad con la dirección escénica. En este terreno desarrolló numerosos proyectos experimentales, en la línea del simbolismo europeo. Y a partir de 1917, con la Revolución bolchevique, que recibe con entusiasmo, se produce un giro radical en su carrera y se suma a la corriente en pro de un teatro popular, soviético (que se traduce en la nacionalización de numerosos teatros privados por todo el país).

En 1923 funda su propio teatro, bajo concesión gubernamental, conocido como Teatro Meyerhold hasta 1938, año en que fue clausurado. En este período pudo seguir experimentando más allá de los límites del academicismo y del realismo socialista, jugando con nuevos métodos escénicos como el constructivismo y la escenografía circense, así como la biomecánica. Además, puso en escena tanto a autores soviéticos como europeos (Mayakovsky, o el belga Crommelynck). También trabajó con directores como Stanislavsky. Pero no siempre pudo moverse con plena libertad, sobre todo a partir del momento en que Stalin comienza a afianzarse en el poder, a finales de los años veinte. En 1926 tiene previsto representar *El inspector* de Gogol en un formato estético acorde con los tiempos; se estrena en diciembre de ese año, precisamente coincidiendo con la visita de Benjamin a Moscú. Benjamin asistió a la representación el 19 de diciembre, y dejó constancia de ello en su diario:

Aquí se le ha dado gran importancia como adaptación de una obra clásica al teatro revolucionario, pero el intento se considera, al mismo tiempo, frustrado. El Partido ha dado así consignas contra el montaje, y el comentario moderado del crítico teatral ha sido rechazado por la redacción de *Pravda*. Los aplausos que se escucharon en el teatro fueron escasos, pero es muy posible que esto se deba en mayor medida a la consigna oficial que a la impresión causada inicialmente en el público. Pues la representación fue, sin duda, un deleite para la vista. Pero algo así se halla relacionado, posiblemente, con la cautela general aquí reinante a la hora de manifestar la opinión en público.³⁷

En otra ocasión, relata Benjamin, hubo un debate público en el propio teatro de Meyerhold, al que asistieron Reich y él mismo, junto a Asia, Lunachrski (entonces aún Comisario de Instrucción Pública); el crítico Robert Pelshe (1880-1955), también letón

y colaborador de Lunacharski, y muy enfrentado a todas las líneas innovadoras en la literatura soviética, hasta el punto de hablar de una “enfermedad mental de los radicales de izquierda”;³⁸ les acompañaban también Mayakovski y otros escritores rusos. En la reunión debatieron sobre el estilo de Meyerhold como escenógrafo, y se enfrentaron allí sus defensores y detractores, hasta que intervino el propio Meyerhold, quien perdió los papeles y acabó perdiendo también el apoyo del público asistente.³⁹

La oposición del Partido hacia Meyerhold y lo que representaba iba a intensificarse progresivamente. Meyerhold repudiaba las consignas estéticas, aún no oficializadas pero sí tácitamente aceptadas por quienes quisieran ganarse un puesto importante en las letras soviéticas. Los artistas también aprendieron a ocupar posiciones silenciosamente, inmersos en aquel ambiente de desconfianza generalizada hacia los demás, de cautela que impedía exponer abiertamente cualquier crítica. Pero Meyerhold no aceptaba semejante imposición sobre la libertad creativa del artista. Pudo sortear los crecientes obstáculos durante los siguientes diez años, hasta que en enero de 1938 llegó la orden de clausura de su teatro. Entonces se refugió en el círculo de Stanislavsky, hasta la muerte de este, en agosto de ese mismo año. Sin mayor protección, los acontecimientos se precipitan: el 20 de junio de 1939 es detenido en Leningrado; su mujer, la actriz Zinaida Reich, es asesinada en Moscú el 15 de julio; él es sometido a tortura y forzado a confesar que trabaja para la inteligencia japonesa y la británica, por lo que es condenado a muerte y fusilado el 2 de febrero de 1940. Hasta aquí el desventurado desenlace de la vida de un artista ruso, víctima de una orden redactada por alguien empeñado en hacer limpieza. Benjamin no podía conocer ese final, que él mismo también iba a padecer, pero sí advirtió que se estaban dando las circunstancias propicias para desencadenarlo. Ya en el caso de Lélevich asiste como testigo impotente a un proceso semejante. Sólo puede dejar constancia de ello en su diario.

Por qué un diario

El Benjamin del *Diario* es un sentimental que viaja (pero no en el mismo sentido en que viaja Laurence Sterne), crítico y pesimista ante el paisaje de la ciudad. Tal vez escribe un diario para reflejar en él su personalidad. Un diario permite descubrir al lector rasgos personales que le acercan al personaje que crea de sí mismo el intelectual, a través de su obra formal. ¿Por qué se fija en unos aspectos y no en otros del paisaje humano y urbanístico de Moscú? Le llama la atención el *fatalismo ruso*: “En una casa donde sólo tengan velas estarán mejor abastecidos que en otra en la que dispongan de luz eléctrica si la central está constantemente averiada”.⁴⁰ Es el tedio de Moscú, provocado por la burocracia que controla todos los aspectos de la vida comercial rusa. Un ejemplo es su hotel, un establecimiento nacionalizado y lleno de inconvenientes, en parte porque el personal también está nacionalizado, y en parte por la noción rusa del *tiempo*. La disfuncionalidad soviética le lleva a aplazar su retorno varias veces, porque el servicio de aduanas se resiente precisamente de esa vivencia del tiempo que para un alemán puede desembocar en tedio.

Con todo, Benjamin lamenta no haber tenido más tiempo para conocer bien la ciudad ni la vida social moscovita, en parte por las dificultades de idioma. No por ello, sin embargo, ha dejado de sacar alguna conclusión de cierto calado:

Por muy poco que se llegue a conocer ese país, uno aprende a observar y a enjuiciar a Europa con el conocimiento consciente de lo que acontece en Rusia [...]. Por eso también, la estancia en Rusia es, por otro lado, una piedra de toque tan precisa para el visitante extranjero. Obligaré a cualquiera a elegir y precisar con toda exactitud su punto de vista, que, en general, será tanto más fértil en la producción de sus precipitadas teorías cuanto más alejado y circunscrito a la esfera personal y cuanto menos se adecúe al formato del acontecer ruso. Aquel que penetre en mayor profundidad dentro de la situación rusa se sentirá mucho menos impulsado a realizar las abstracciones a las que tan fácilmente llega un europeo.⁴¹

El diario de Benjamin también refleja al turista, espectador de teatro y cine, visitante de museos y observador de las calles, los mercados y almacenes, los vendedores ambulantes chinos que ofrecen flores artificiales y los ilegales que ofrecen sus productos sobre una manta (que curiosamente siguen hoy en nuestras ciudades).⁴² Es el Benjamin que visita una fábrica y observa detenidamente la propaganda revolucionaria que los obreros han de ver cada día, junto al periódico de la fábrica y los murales educativos desplegados en sus lugares de descanso.⁴³ En estos momentos aparece el rasgo antropológico en las anotaciones de Benjamin, incansable observador de las manifestaciones sociales y económicas en las calles de Moscú, una ciudad que parece llena de aldeas:

Lujo arraigado en esta depauperada y doliente ciudad como el sarro en una boca enferma; la tienda de chocolates de N. Kraft; el elegante almacén de modas de la Petrovska, donde se ven, entre pieles, grandes jarrones de porcelana, fríos y espantosos. La mendicidad no es agresiva como en el sur, donde la insistencia del andrajoso sigue poniendo de manifiesto un resto de vitalidad. Aquí constituyen una corporación de moribundos. [...] La mendicidad en los tranvías está organizada de una manera distinta. Ciertas líneas circulares tienen largas paradas durante el trayecto. Los mendigos avanzan abriéndose paso, o bien un niño se sitúa en un rincón del coche y empieza a cantar. Luego colecta *kopeks*. Es muy raro que la gente les dé algo. La mendicidad ha perdido su base más sólida: la mala conciencia social, que abre los bolsillos mucho más que la compasión.⁴⁴

No faltan museos en su periplo: para comenzar, el Museo del Juguete, que visitará repetidamente (incluso el último día de su estancia en Moscú) en busca de ejemplares interesantes de la producción artesanal rusa; igualmente buscará juguetes en almacenes, boticas, mercadillos ambulantes, etc. Algunos son para su hijo Stefan, pero otros, la mayoría, responden a su interés por el juguete como producto cultural y

a la vez como elemento indispensable en la construcción de la persona. Fruto de este interés es su libro *Juguetes* (podemos datarlo en 1928, bajo el título original de *Juguetes antiguos*).⁴⁵ Otros lugares que visita desde la perspectiva del turista son el complejo del Kremlin (4 de enero), la Galería Tretyakov (12 de enero), la Galería Schukin (que alberga pintura europea muy alejada de la estética oficial: Matisse, Gauguin, Picasso) (15 de enero), el Museo de Pintura e Iconografía (16 de enero), el Museo de Mobiliario (28 de enero) y el Monasterio-Museo de Sergyeyev, en las afueras de Moscú (31 de enero de 1927).

De su estancia en el Kremlin deja esta observación:

La magnífica topografía y la arquitectura del Kremlin. Es fácil que quede inadvertida una de las causas fundamentales de su belleza: en ninguna de sus espaciosas plazas se ve monumento alguno. En Europa, en cambio, apenas existe plaza alguna que no haya sido profanada y vulnerada en su estructura más íntima, a lo largo del siglo XIX, con algún monumento.⁴⁶

El Benjamin turista también asiste al teatro y al cine, que considera “una de las maquinarias más adelantadas para el dominio imperialista de las masas”, hasta el punto de influir también en la escenificación teatral. El 30 de diciembre asiste junto a Reich a la representación de *El deseo bajo los olmos*, de Eugene O'Neill, montada por Tairov, y en su diario menciona la manifiesta *filmización* de su puesta en escena.⁴⁷ La lista de obras teatrales a las que asiste, generalmente en compañía de Asia o Reich, quienes le traducen, es relativamente larga: *Los días de los Turbin*, de Bulgakov; *¡Venga Europa!*, de Podgaeckij, con textos de Iya Ehrenburg, y representada en el teatro Meyerhold;⁴⁸ *Atentado*, de Ilesh, en el Teatro de la Revolución, de la que Benjamin hará una mala crítica por estropear lo esencial de la escenografía constructivista;⁴⁹ *Día y noche*, también montada por Tairov; y una representación del Ballet Ruso, entre otras.

El cine es uno de los espectáculos favoritos de Benjamin, casi tanto como el teatro. Tiene ocasión de ver en Moscú películas como *La madre* y *El acorazado Potemkin*.⁵⁰ Sin embargo, comenta, el cine ruso no es muy bueno, salvo excepciones geniales. Tiene que salvar una potente censura mucho mayor que la que controla al teatro, donde aún es posible hacer alguna crítica política. En el cine ruso hay un exceso de técnica y escaso erotismo, de acuerdo con el credo comunista, que considera contrarrevolucionarios los temas amorosos y sexuales.⁵¹

NOTAS

1. Prólogo de Gershom Scholem, pág. 7 del *Diario de Moscú*, de Benjamin, publicado en Madrid por Taurus, en 1990. Las referencias a este texto constarán tan sólo de la página correspondiente, para diferenciarlas de otras referencias bibliográficas.

2. *Vid.* pág. 16.

3. *Vid.* pág. 37 y 38.
4. Jacques Derrida, "Back from Moscow, in the USSR", publicado en castellano en *Daimon* 5, pág. 47-79.
5. Estuvieron casados entre 1917 y 1930.
6. Anotación del 8 de enero de 1927.
7. *Vid.* pág. 19, nota 24, y 29.
8. *Vid.* pág. 102 y anotación del 20 de enero de 1927.
9. *Vid.* pág. 44.
10. Antecedente de la Unión de Escritores Soviéticos, fundada por Gorki en 1934 y principal impulsora del llamado *realismo socialista*.
11. *Vid.* entradas del 10 y 11 de diciembre de 1926.
12. *Vid.* pág. 74 y 76.
13. Anotación en el *Diario* fechada el 28 de diciembre de 1926.
14. Por ejemplo, en relación con Meyerhold, según anotación en el *Diario* del 10 de enero de 1927.
15. Anotación en el *Diario* fechada el 18 de enero de 1927.
16. Anotaciones en el *Diario* fechadas el 27 y el 28 de enero de 1927, a cuatro días de su regreso a Berlín.
17. *Vid.* pág. 15.
18. *Vid.* pág. 66.
19. *Vid.* pág. 68.
20. Anotaciones del *Diario* del 28 y 30 de diciembre de 1926.
21. *Vid.* pág. 90, anotación del 7 de enero de 1927.
22. *Vid.* pág. 43. Benjamin asiste a la representación de esta obra el 19 de diciembre de 1926, y en su comentario elogia una puesta en escena que agrada a todos los espectadores, pero constata que "la cautela general aquí reinante a la hora de manifestar la opinión en público" hace que los aplausos sean escasos.
23. *Vid.* pág. 32. Benjamin se refiere a la representación teatral de *Los días de los Turbin*, que es en realidad una adaptación a la escena de la novela *La Guardia Blanca*, de Bulgakov, dirigida por Stanivlaski, a la que asiste el 14 de diciembre junto a Reich.
24. *Vid.* pág. 28.
25. *Vid.* pág. 17.
26. *Vid.* pág. 99.
27. *Vid.* pág. 81.
28. *Vid.* pág. 49.
29. *Vid.*, pág. 61, con fecha 27 de diciembre de 1926.
30. *Vid.* pág. 79, con fecha 2 de enero de 1927.

31. Anotaciones en el *Diario* fechadas en 8 y 9 de enero de 1927, pág. 93-94.
32. *Vid.* pág. 103, nota del 13 de enero de 1927.
33. *Vid.* pág. 139.
34. *Vid.* pág. 93-94, anotación del 8 de enero de 1927.
35. *Vid.* pág. 37-38, nota del 15 de diciembre de 1926.
36. *Vid.* pág. 16 y 19-21.
37. *Diario de Moscú*, 19 de diciembre de 1926, pág. 43 de la edición citada.
38. *Vid.* Niall Ferguson, *La guerra del mundo: los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*. Barcelona, Random House, 2007.
39. Este episodio se produjo el 3 de enero de 1927.
40. *Vid.* pág. 40.
41. Anotación en el *Diario* del 30 de enero de 1927, pág. 143.
42. *Vid.* pág. 27 y 66.
43. Anotación en el *Diario* del 3 de enero de 1927.
44. Anotación del 14 de diciembre de 1926.
45. Walter Benjamin, *Juguetes*. Casimiro Libros, 2015.
46. *Vid.* pág. 85.
47. *Vid.* pág. 72, incluyendo la cita sobre el cine.
48. Anotación en el *Diario* del 31 de diciembre de 1926.
49. Anotación en el *Diario* del 2 de enero de 1927.
50. El 24 de enero de 1927.
51. Anotaciones en el *Diario* del 30 de diciembre de 1926.